

González Vera

Vicente Pérez Rosales



CUANDO se afianza la independencia, Vicente Pérez Rosales, que naciera el 5 de abril de 1807, pudo ser educado “en el mejor colegio particular de Santiago”, educación acrecentada “con las lecciones particulares o privadas que (su padrastro) pidió me dieran los mejores maestros de entonces... Del colegio salí balbuciendo el francés como para hablarlo y leerlo con mediana desenvoltura. Su perfección la alcancé de mi madre como la del inglés debida a un maestro privado. El primer libro que leí en este idioma fue uno de Johnston...”

Lo ayudó el ambiente familiar. Su abuelo paterno dejó una Historia de Chile. Su padre, don José Joaquín Pérez, que “murió joven y de tisis”, agregaba al conocimiento del francés y el inglés, una cultura general. El abuelo materno fue voraz lector. Su padrastro figuraba entre los hombres más ilustrados de su época. Y su madre tenía una instrucción que entonces ni siquiera era común entre las mujeres de Europa, según testimonio de ilustres viajeros.

Vicente Pérez Rosales, en 1821, era “un muchacho alto, flaco y de aspecto enfermizo”.

Ofrece Francia pasaje gratis en sus naves de guerra a los jóvenes de familias pudientes que deseen hacer estudios en París. El 16 de enero de 1825 el transporte “Moselle” salía para El Havre repleto de estudiantes. Con ellos iba Pérez Rosales. Desde entonces hízose

costumbre titularse en Francia, al menos entre las familias ricas. Los más seguían leyes. Hasta individuos que tenían trazado su porvenir como dueños de latifundios, en vez de agronomía, seguían derecho. Era la especialidad del caballero y quizás tradición heredada de España donde también se lo estudia, sobre todo para no ejercerlo.

El francés se convirtió en idioma auxiliar y hasta 1914 era rara la persona educada que no pudiera seguir una conversación en esa lengua. La última guerra ha desplazado el francés en beneficio del inglés, idioma que la gente aprende con pasión, no para hablar de literatura ni para tratar asuntos espirituales, sino para ganarse mejor la vida.

Pérez Rosales había sido “educado con una severidad que no era ciertamente la corriente, pero ella sola era capaz de dar buenos frutos. Siempre creyeron mis mayores que de mí podía obtenerse un matemático, un ingeniero, un agrimensor”. Sin embargo, él no tenía en vista hacerse profesional. Cuando se embarcó, su cultura general lo singularizaba entre los jóvenes aristócratas.

En París ingresa al colegio del presbítero Prado y el matemático Vallejo, “a quien debo, junto con mi afición a las ciencias exactas, las pocas nociones que tengo de ellas”.

“Habíame cobrado singular cariño...” y lo invitaba a excursión por los contornos de la ciudad para adiestrarlo en el levantamiento de planos, pero, por desgracia, Vallejo trabajaba hasta el alba las más de las veces y fue perdiendo su salud y equilibrio. Dio en la manía de creer que había descubierto un para-temblores y, finalmente, enloqueció.

Cuando Silvela fundó el Liceo Hispanoamericano, Pérez Rosales entró a éste y trabó estrecha amistad con don Leandro Fernández de Moratín, que enseñaba literatura. Además de asistir a sus clases lo visitaba. En “tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios”. Apenas Moratín se imponía de su contenido colocábales en un sobre, que cerraba, y se lo entregaba diciendo:

“Te prohíbo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de

seis meses volverás a leerlo y tú mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío”.

“Hice odas, epitalamios, quintillas, y hasta fáciles y sonoras octavas... Pasada la temporada de los versos, hice prosa en estilo cervantesco y díme a imitar los escritores del siglo de oro. Nada publiqué en Europa en aquel tiempo y en Chile, después de mi llegada, tampoco”.

En sus conversaciones con Moratín, éste le confesó que suya era *La derrota de los pedantes*. El 21 de junio de 1828 Moratín moría en sus brazos.

Pérez Rosales alternó sus estudios con el teatro. Los conoció todos y le cupo la suerte de asistir a la primera representación de *Hernani*. De los artistas es la Malibrán a quien más aplaude. No faltan chilenos convencidos de que ésta fue su gran amor. Quizás porque le dedicó versos. Leía clásicos españoles, visitaba viñedos, bodegas y sus observaciones fijábalas en su libro de apuntes.

Presenció la revolución contra Carlos X y le causó admiración que los desarrapados parisienses, al entrar al palacio vacío del rey depuesto, no robaran ni destruyesen, salvo los bustos del monarca cazador.

A fines de 1830 se vino en el “Carlos Adolfo”. Tardó en enterarse que los dos barcos anteriores, en los que no consiguió pasaje, habían naufragado al pasar Las Canarias.

En la capital fue recibido como héroe joven; enseñó los nuevos pasos de cuadrilla; contó anécdotas y escribió versos en los álbumes de las doncellas. Su familia había empobrecido. El arrendó el fundo “Boldomávida” para salir de la estrechez.

“Rivalicé con los más poderosos jinetes en el manejo del caballo y el lazo; madrugué antes que el lucero; trabajé como trabajan los machos de carga; me lloví, me asoleé; dormí en el suelo; y al cabo de los años... salí con sólo lo encapillado”, pero comprueba que el frejol rinde ciento por uno, que el “almendro sembrado en pepitas,

da fruto al tercer año”; descubre canteras de basalto, conoce las enfermedades de los animales y adquiere una certera idea de la vida campesina.

“Maltrecho pero no desanimado” establece en Cunaco “una fábrica de aguardiente a la europea”.

“Tuve que ser fumista, alambiquero, broncero, y tonelero justamente”. En la etiqueta de las botellas puso: *Old Champagne Cognac* y en la portada de su oficina: *Importación directa*. Fue tan buena la venta en los primeros meses, que sintió escrúpulos de estar “dando al extranjero una fama que sólo a Chile correspondía”, y reemplazó los nombres por *Cognac* y *Fábrica Nacional*. La gente empezó a encontrar malísimo el licor y vino la ruina.

Animoso siempre, estableció una tienda y ejerció de médico yerbatero, apoyado en su conocimiento de la botánica.

Tampoco la tienda debió ir bien porque pronto se le ve a cargo de la mina del “Sauce”, que produjo mucho, con poco trabajo, para agotarse con igual rapidez.

Pensó que la ganadería era la industria más noble. “De acuerdo con algunos engorderos me lancé a las provincias argentinas, y en ellas, ya buscando ganados, ya sirviendo de intermediario entre los negocios de una y otra banda, vagué once años consecutivos”. Desde que contó con la amistad del huaso Rodríguez, el ganado lo obtenía rodeando a los animales alzados, “que a fuerza de gritos y carreras lográbamos encaminar a lugares sin salida, ya recobrando por fuerza, de manos de indios chilenos, aquellos que conducían robados de la provincia de Buenos Aires o ya asaltando los aduarez de indígenas pamperos que obedecían a Baigorria”.

Por breve tiempo editó *El Mosaico*, periódico que, aparte de fomentar el gusto teatral, dio firme a Tejedor en casi todos sus números, quien había dejado por los suelos sus decoraciones.

A los pocos meses se va a Copiapó y se interna en Totoralillo en donde encuentra una mina abandonada, que comienza a trabajar. “¡Qué soledad aquélla, qué desnudez de cerros, qué silencio! ¡Ni una

avecita, ni la vista lejana de una choza, ni la más leve gota de agua. El desierto atacameño asomaba allí su adusta cara!”

Después de fracasar retorna a Comalle. Y a fin de 1848 parte con hermanos, parientes y mozos hacia California. Andan errantes de lavadero en lavadero con suerte varia. “Ocho días después (del incendio de San Francisco), los vigorosos fleteros, los modestos lavaderos de no muy limpias ropas, los navegantes de la “Daice-maynana”, los infatigables mineros de barreta, de pala y de batea, los derrotados de Sonora, los armadores de la “Impermeable”, los amables y embusteros comerciantes de Sacramento, los médicos y sepultureros, los carpinteros constructores, los hoteleros y sirvientes de mano, introducidos de marineros unos y otros de expertos pilotos, encaminaban en demanda de los mares del sur una abandonada barca... y al cabo de dos meses y medio, abrazaron con ternura a la llorosa madre en el tranquilo Chile”.

Tras breve descanso piden a Vicente Pérez Rosales que redacte un periódico de oposición. Rechaza la oferta. Nada sabe de política, siempre ha vivido de sus manos y más bien se inclina hacia un gobierno fuerte.

A la vuelta de meses don Antonio Varas le ofrece el cargo de agente de colonización en Valdivia.

Sitúa a los primeros alemanes en Isla Teja, quema grandes selvas para reservar tierras a los que vengan y tras luchas mil funda la colonia de Puerto Montt.

En septiembre de 1853 parte de Cónsul y Agente de Colonización a Hamburgo. Como personeros de otras naciones divulgan embustes acerca del clima de Chile y de sus habitantes, escribe en lengua francesa su *Ensayo sobre Chile*. Encaja en el volumen historia, geografía, clima, fauna, flora, agricultura, industria, costumbres, psicología, etcétera. El efecto fue inmediato. Poco después parte el “César Elena” a nuestros puertos. Tras esa nave otras y otras toman el mismo rumbo a través de varios años.

Escribe el *Manual del ganadero chileno*. Apenas cita uno que otro tratadista francés e inglés. Lo demás fluye de su inmensa experiencia y de sus cuadernos de notas. Emplea las palabras más usuales y cuando barrunta que aún éstas podrían ser poco comprensibles, echa mano a los más sabrosos chilenismos.

Hace también un *Atlas* microscópico para las escuelas. Sabe la geografía viva de Europa. Termina sus *Cuadros cronológicos de la historia antigua y moderna de Chile y el Perú*.

Siente cansancio de expresarse en otra lengua y parte a España, que conoció en su primer viaje. Al pisar su suelo lo embarga la emoción: "Si la voz lealtad no nació en España, para España sólo parece creada". "¿Quién, después de estudiar las costumbres caseras de la mayor parte de los centros poblados de Europa, donde sólo impera la cabeza, no cree, al llegar a España, encontrar en ella el trono del corazón?"

Al dejarla lo aflige un pesar, una tristeza que no sintió nunca al dejar París, aunque él piensa en francés.

De retorno al norte, se detiene en Madeburgo, donde contrae el cólera. "Salvé como se salva de un naufragio, todo descalabrado". Pregunta al doctor si hay remedio para evitar que tan terrible enfermedad se repita. Responde: "el único específico contra el cólera es el estar a cuarenta leguas de él".

Su quebrantada salud llévale "por tercera vez a los baños de Franzensbad. Conoce a rusos que participaron en la batalla de Sebastopol. Lo "sorprenden por sus conocimientos, su fino trato y la desenvoltura con que hablan idiomas extranjeros". Uno le dice:

"—La América es un mundo virgen y nuevo, la Rusia lo es también. Para Europa la decrepitud: para la América y Rusia el porvenir".

Encontrábase en Marienbad, en la Alta Bohemia, cuando lo llama el gobierno. Juzgó criminal "perder un solo día de los que podía necesitar para llegar a Chile: después de besar las comunicaciones y de llorar de gusto, me dediqué a escribir la noche entera, y al día siguiente, sin siquiera acordarme de pasar por Hamburgo, lugar de

mi residencia, salí directamente para Inglaterra (donde se cobra una libra por saludo) y, en seguida, lleno de alborozo, en el "Nueva Granada", en demanda del suelo que me vio nacer, donde por quinta vez tuve en mi vida un momento de completa dicha: ¡el de mi llegada!"

Nómbresele Intendente de Concepción. Al terminar Montt su período, Pérez Rosales se retira a la vida privada. Casa con la señora Antonia Urrutia y se viene a residir en Santiago. Es siempre un hombre alto, de carácter afectuoso, apuesto, naturalmente inclinado al humorismo, delgado. Sus recuerdos abarcan, en variedad, cuanto puede interesar al ser humano. Ha vivido por varios individuos y lo mucho que asimiló de sus estudios le permite tener una idea amplia y general del mundo.

De 1851 a 1871 es parlamentario. Pérez Rosales concurría poquísimamente a la Cámara y, al revés de Vicuña Mackenna que hablaba en casi todas las sesiones, no abría la boca sino cada diez años, y sólo para decir algo muy razonable y breve.

La Sociedad de Fomento Fabril lo nombra presidente poco después de 1880.

Su auditorio, don Luis Montt señaladamente, lo insta a escribir sus memorias. Se deja seducir y compone sus *Recuerdos del pasado*.

Vicente Pérez Rosales es un americano, un hombre total. Por la época en que le correspondió actuar, debió hacerle frente a exigencias que rara vez se le presentan a personas de este siglo. Fundó ciudades, fue explorador, industrial, ganadero, escritor, parlamentario, agricultor, cónsul, contrabandista, intendente, pintor, minero, comerciante, mozo, médico, botero, periodista, etcétera.

Tuvo la superioridad que da la cultura; una salud notable; espíritu equilibrado, independencia; el don de servirse a sí mismo; profundo sentido de tolerancia y un apego, singularísimo, a su país. Nadie lo aventajó en riqueza de ideas factibles. Siempre estuvo en

el justo medio. Fuera de los placeres puros de escribir o pintar, tuvo la embriaguez de vivir. Apreciaba la acción más por el agrado que causa que por su beneficio material.

Era republicano apasionado, pero tenía debilidad por el gobierno fuerte, acaso por el temor que le inspiraba la intromisión de militares en el poder. Vio, cuando nacían las repúblicas americanas, que los cuerpos armados entrabarían su desarrollo democrático.

Fue el primero en percibir que la inmigración, en vez de ocasionar rebaja de salarios o disminuir el trabajo de los nativos, creaba nuevas actividades y tendía a elevar las remuneraciones, aparte de la lección ardiente que ofrece la convivencia de pueblos creados distintamente.

Amó su país como cosa física y como humanidad. Hasta el clima patagónico le parece menos frío que el de Europa, porque allí viven los indios semidesnudos y no "emigran en los inviernos el loro, la paloma silvestre, el tierno jilguerillo, ni la emigradora golondrina" y crecen espontáneamente plantas que en Londres o París necesitarían de invernadero. Compara a los indígenas, aunque los quería apenas, con los andaluces. Canta a los chilenos errantes, por su bizarría y su don de abrirse camino en otras naciones.

Tuvo pocos prejuicios. Nunca aceptó nada sin examen. El espíritu científico era innato en él. Además, su vena humorística le libró de cualquier afectación. Si algo le salía mal, emprendía algo distinto con la misma felicidad e igual ahinco. Así fue desde su adolescencia. La sabiduría que recogió permitióle resolver por sí solo dificultades que no hubieran podido vencer varios individuos juntos.

Se puede decir que Pérez Rosales escribió un solo libro, porque las mejores páginas del *Ensayo sobre Chile*: las dedicadas al caballo, sus observaciones del carácter nacional y los trozos más felices los aprovecha en el *Manual del ganadero*. Las excelencias de este manual más los estudios sobre el clima, los constitucionales y páginas del *Diccionario del Entrometido*, los vuelca en *Recuerdos del pasado*,

Esta obra comprende una variedad de hechos tan considerable, tan sorprendentes, tanto como para decir que ningún otro chileno supo aprovechar tan bien sus ojos y sus demás sentidos.

Su estilo tiene movimiento y color. Hay en él cierta cadencia. El humor es la contraluz de su sentido dramático. Mezcla al relato toda suerte de observaciones, a menudo originalísimas, y muy avanzadas para la hora en que viviera.

En cuanto escribe hay fuerza y sinceridad.

Omite todo detalle de su vida íntima. Es modesto y pudoroso y evita decir lo que podría realzarle. Se excusa diciendo que cuenta sólo lo que ofrece utilidad.

Recuerdos del pasado es una pequeña Biblia nacional. Puede releerse a menudo y sorprende, cuando se vuelve a empezar, como si fuera la primera vez. Es un libro en que se mezclan lo novelesco con lo verdadero, la estadística con el humor, la pintura de seres humanos con la exaltación de la naturaleza. Pueden repasarlo con gusto las personas de oficios y tendencias más dispares. Ha sido y es el más valioso instrumento para reconstruir la existencia inicial de la república. De sus páginas brota un poderoso aliento positivo. Debería hojearlo todo joven un poco antes de tomar su camino.

Pérez Rosales alcanzó edad avanzada. Conserva su alegría hasta el último momento. Ni la parálisis que lo afectara al final de su vida logró alterar su buen humor. Cuando vio el término dijo a su amigo Waldo Silva, pensando en los ausentes:

—Me voy, la delantera no más les llevo; deseo que se les diga que allá los va a esperar su viejo amigo.

Falleció a las 6.30 de la mañana del 6 de septiembre de 1886. Al siguiente día recibió sepultura en el Cementerio General. Junto a su tumba le despidió Guillermo Puelma Tupper, que había trabajado con él en la Sociedad de Fomento Fabril en sus últimos seis años.